

¿Y antes del 92, qué?

El horizonte que este país ha trazado para 1992 es tan deslumbrante (se han hecho tópicos esas preguntas que finalmente vienen a ser una: ¿y después del 92, qué?), que a muchos les ha dejado ciegos para valorar lo que está sucediendo más acá de esa frontera. ¿Se está cimentando, verdaderamente, un edificio cultural capaz de homologarse con los de la Europa de la cual pretendemos formar parte o, por el contrario, se construyen meras barracas de feria destinadas a ser exhibidas junto a nuestras playas o nuestro folclore?

La oferta cultural es ya hoy importante. Instituciones públicas y privadas invierten en manifestaciones culturales. La duda que subsiste es si sirven a la cultura o se sirven de ella. Porque está demostrado que la cultura puede ser un bien social de alta rentabilidad, no sólo comercial sino también política.

En este contexto, sin embargo, los minifundios culturales parecen un poco —o un mucho— abandonados a su propia suerte; ignorados desde la perspectiva de una aparente falta de rentabilidad. Quizá por eso las subvenciones no lleguen hasta ellos. En este sentido, aún no somos europeos.

Tratar de sacar adelante una revista de jazz —que evidentemente participa de las limitaciones impuestas a lo minoritario— resulta ser, en estas condiciones, una empresa que sólo puede ser acometida desde la ilusión de quienes viven la afición al jazz como una pasión. Una pasión que desea ser transmitida; y compartida. Por eso, y porque consideramos que la desinformación deja el camino abierto a la manipulación, hemos apostado por una línea informativa plural que no se circunscribe a una reseña de la actualidad que el jazz genera, sino que pretende profundizar en sus contenidos biográficos, estéticos, sociológicos o históricos, además de en los estrictamente musicales. Unos componentes que definen un marco referencial propio de los fenómenos culturales.

Pero, ¿interesa realmente nuestra propuesta? Aunque quisiéramos que esta pregunta fuera contestada desde diversos lugares (incluso desde los llamados medios de difusión de masas), es el lector que adquiere la revista su principal destinatario. Algunos —o muchos de ellos— pueden estar convencidos de que para la audición de un disco lo único que se precisa es un buen reproductor de sonido. Pero también creemos que otros desean algo más.

Es a este grupo de lectores al que ahora nos dirigimos. Sabemos que la oferta audiovisual es tan extensa, y tan fácil de digerir, que la lectura puede, incluso, representar un acto de sacrificio. Porque, además, obliga a reflexionar. En un país en el que se lee poco porque se reflexiona poco (o viceversa) quisiéramos contar con vosotros. No debe bastaros adquirir puntualmente *Cuadernos de JAZZ*. Es preciso que lo divulgéis (el boca-a-boca que tan bien funciona). Para seguir caminando hacia el futuro es necesario que desde hoy colaboréis abriendo caminos. No os quepa duda de que cada uno de vosotros sois importante. Aportad vuestras ideas. Por nuestra parte, estamos abiertos a todas las sugerencias. Excepto a la de dejar de continuar siendo fieles a nuestra forma de entender el jazz.

Cuadernos de JAZZ